

Abril en Roma

5400
Moro, un año
Después.

Por MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

ROMA. — El año pasado se cumplió un año de que Benigno Zacagnini recibió una carta del presidente de su partido, Aldo Moro, en que éste advertía: "Si este crimen se perpetrara, se abrirá una terrible espiral que ustedes no podrán afrontar. Quedarán arrasados. Se abriría una grieta respecto a las fuerzas humanitarias que aún existen en este país. Se abriría, incurable a pesar de las primeras apariencias, una fractura en el partido que ustedes no podrán dominar".

El propio Zacagnini recibió el 25 de abril —hoy hace un año—, una segunda admonición: "Que la democracia cristiana no crea que cerró su problema con liquidar a Moro. Yo permaneceré como un punto irreductible de cuestionamiento y de alternativa, para impedir que con la DC se haga lo que ahora se está haciendo".

Esa misma carta concluía con una severa petición-reproche: "Por esta razón, por una evidente incompatibilidad, pido que en mis funerales no tomen parte ni las autoridades del Estado ni miembros del partido. Pido que me sigan tan sólo aquellos pocos que verdaderamente me quisieron y, por ello, merecen acompañarme con sus oraciones y con su amor".

Moro, efectivamente, anunciaba su muerte. Se hallaba entonces prisionero de las Brigadas Rojas, que lo capturaron el 16 de marzo, cuando el líder democristiano se dirigía al Parlamento a dar forma a un acuerdo que permitiría integrar un gobierno de la DC sostenido con los votos comunistas. En el momento de ser secuestrado Moro, cinco de sus guardaespaldas resultaron muertos.

El propio político seguiría su suerte en los primeros días de mayo. Pronto se cumplirá un año de su muerte.

Sólo eso se cumplirá, al parecer, si bien la crisis de Gobierno ha impedido que se forme uno estable desde entonces. La vacilante democracia italiana sigue en el equilibrio inestable que Moro conoció y contribuyó a crear. No se ha venido por tierra. Y el partido gobernante, lejos de haber enfrentado la "contestación" de las

bases, a las que no se consultó frente a la disyuntiva de salvar a Moro o preservar la respetabilidad de un Estado al que muchos no respetan, se ha fortalecido, al grado de que en las elecciones del 3 de junio próximo, probablemente obtendrá ganancias suficientes para quedar a salvo de la presión comunista que exige participar en el Gobierno.

Zacagnini, Andreotti y el resto de la plana mayor de la DC, sobre cuyas cabezas quiso el propio Moro hacer caer su sangre, siguen allí, tan campantes, disponiéndose a entrar en nuevas composiciones de fuerzas parlamentarias, que permitan a la DC prolongar su mandato en Italia, iniciado hace ya más de treinta años. Ni siquiera cumplieron la solicitud de Moro de abstenerse de participar en sus funerales. Si bien en el sepelio propiamente dicho sólo estuvo presente la familia, tres días después el aparato estatal y político italiano en pleno, presenció el rito fúnebre en honor de Moro, presidido por el Papa Pablo VI, que también militó en las filas de quienes prefirieron la "razón de Estado" que salvar la vida a quien había sido artífice de la apertura a la izquierda y estaba especialmente capacitado para hacer viable al tránsito del PCI, de la oposición al gobierno.

Un año después de su muerte, Moro sigue estando presente, sin embargo, en la vida política italiana. Ahora se ha detenido, en apariencia al menos, a quienes planearon su secuestro y ejecución.

Y, fruto de un evidente sentimiento de culpa, se hacen tímidos intentos por deificarlo. No otra cosa significa el primer número del boletín trimestral editado por la fundación que lleva su nombre. Ahí se presentan estudios sobre su pensamiento "meridionalista" (Moro había nacido en el empobrecido sur de Italia) y un análisis preliminar y panegírico sobre el lenguaje de sus discursos, anunciador de otro de dimensiones formidables. Pareciera que sólo eso quedara de Moro: ni siquiera sus palabras como instrumentos políticos, sino como meras fórmulas semióticas.